

APUNTE PARA UN RETRATO DEL ALMA DEL EXTREMEÑO (1)

Por PEDRO CABA

y II

OTROS RASGOS.—a) *El diminutivo en el habla extremeña.*—

Creo ver una prueba de las suavidades y de la ternura soterrada del alma extremeña, en el empleo de nuestro diminutivo. El diminutivo en «illo» del andaluz y del castellano, o en «ico» del aragonés y también de ciertas zonas de Castilla, o en «uco» del cántabro son, claro es, mostrativos de disposición afectiva y familiar. Pero la desinencia diminutiva en «ino», derivación atenuada, dulcificada aún, del «iño», tan untuoso, del galaico-portugués, parece indicar que el alma extremeña quiere extremar así la expresión de su ternura recogida y caudalosa. Más aun; puesto a manifestar por las vías claras de la lengua ese rebose sentimental, usa no ya del superlativo aplicado a la desinencia diminutiva, sino hasta el archisuperlativo. Y así es la única región, con algunas zonas limítrofes andaluzas, donde se usa el requetediminutivo. No le basta decir chiquino y chiquenino o chiquinino, sino que llega a decir, archisuperlativamente, «chiquirritino» y «chiquirritinino». Ello es invención de las hondas y delicadas mujeres extremeñas, pero es evidente que la ternura del varón se ha sabido incorporar también esos sentimientos de ternura.

b) *El sentimiento del paisanaje.*—Es extraño, pero evidente: El extremeño no tiene, lejos de su tierra, ese poder de aglutinación espontánea que tiene, por ejemplo el gallego. Donde hay tres gallegos, lejos de Galicia, allí hay una Colonia, un Lar, una Casa de Galicia. Los extremeños son difíciles de reunir y las Casas de Extremadura y los Hogares Extremeños no son fáciles de conseguir y sostener. Se dirá que eso hay que atribuirlo al individualismo extremeño. Es cierto; hay un fuerte individualismo de los hombres de Extremadura. Pero de ahí se podría deducir que ese individualismo supone implícitamente una falta de amor por la tierra de natío. Y eso es lo que no debemos admitir. Pocos tienen tanta ternura por la suya como el extremeño, sólo que es ternura varonil recoleta y pudibunda. Y como todo sentimiento de varonía de algún trapío, se manifiesta de un modo paradójico. Ante la mujer, con gesto adusto; ante la madre, con las evasiones de su presencia; ante el hijo, tratando de fortalecerle hurtándole mimos y caricias demasiado blandas... Así también frente a su tierra y sus paisanos, el varón extremeño siente con dolor que no está su región a la altura política o intelectual que él

(1) Este trabajo fué presentado a la II Asamblea de Estudios Extremeños.

quisiera. Y así, pocos habrán que hablen tan mal de su país entre los propios paisanos. Pero cuando se irradian de esa tierra, el corazón se reviene de secretas dulzuras y entonces todo elogio de su tierra le parece poco. Su individualismo le impedirá reunirse en haz de voluntades con otros extremeños para fundar una institución permanente de tributos en recuerdos emocionados para la tierra lejana, pero no le habléis ahora con atenuación de méritos de ella, porque surgirá el jabato, el castúo dolido y arrogante capaz de defender a su tierra con energía indomable. Una prueba de la fidelidad del extremeño para su tierra y sus paisanos es el gusto con que se aferra a su prosodia y a los giros de su habla. Después de muchos años conviviendo con gentes extrañas a su tierra, suele el extremeño mantener el acento, los giros y la prosodia de su habla nativa.

Y a veces, con más fidelidad que el gallego o el andaluz.

c) *El sentimiento del honor, como hombría.*—No es posible detenerme a justificar debidamente cómo el honor, el sentimiento del honor es oriundo de lo masculino y cómo, en cambio, la honra, síncopa de hon(o)ra, está trenzada de hebras de alma femenina. El honor autojuzga; la honra espera que juzguen los demás. En el primero, el juez está dentro, en la conciencia propia; en el segundo, está fuera, en la opinión o conciencia pública. Pues bien; el varón extremeño tiene un entrañado sentimiento del honor. Las acciones las juzga él mismo, aunque sea con un código imperfecto de valoraciones elementales. En «El porqué de la cosa», de Chamizo, el esposo, Celipillo, está preocupado con los haces de espigas que trae su mujer con pretexto de espiguelo. Y dice a ella, severo, con cardinal sentido del honor rural y del patrimonio moral que ha de transmitir al hijo:

Mis ajogos, mujé, no son pa dichos,
que no puen explicarse
manque yo m'embuchara más palraos
que tos los sacamuelas chalratanes.
Mis ajogos se cuajan aquí drento,
con negros cuajarones de mi sangre
que me enturbian los ojos y me fieren
lo mesmo que si fueran dos puñales.

Y tú tienes la curpa, ya lo ije.
Y tó por nuestro mozo, ya lo sabes.

Y aclara luego, dolido en su sentimiento del honor:

Y esto ya no pue ser; esta es la jonra
qu'al muchacho tenemos que dejagle
más limpia que la cara de la Virgen,
más branca que la fló de los jarales,
y al que quiera manchala me lo jundo
manque sea su madre.

d) *La religiosidad del extremeño.*—Es incuestionable la honda fe cristiana del extremeño. De toda su historia se levanta un vaho cálido como una oración colectiva. Todo fundador, colonizador o

aventurero extremeño, no iniciaba su viaje a América sin haberse despedido piadosamente de la Virgen de su villa y, sobre todo, de la Virgen Pastora de pueblos, la de Guadalupe... Dos máximos pintores tiene Extremadura: uno Luis de Morales, a quien, por algo se le llamó «El Divino»; y el otro, Zurbarán, el gran pintor asceta, de vigoroso y encendido realismo en sus figuras y asuntos religiosos. Pero también tiene una altísima figura en santidad: San Pedro de Alcántara, cuyos ascetismos y mortificaciones tanto admiraban a Santa Teresa. Notemos que en los tres, la nota característica común es el ascetismo. ¿Qué quiere decir ésto? Que la fe del extremeño es fe de varón, severa, enérgica, dura, una fe sin demasiadas blandenguerías piadosas que se complace más bien en ir tallando el alma del creyente a golpes de rigores y enterezas.

Es un sentimiento también recogido y pudoroso, como todos los sentimientos cardinales del varón extremeño, que sólo se manifiesta en ocasiones de máximo valor humano... Tanto en «El Ama», como en «El embargo» y en otros muchos poemas representativos, se respira la atmósfera de fe y fervor, sin demasiados ruidos ni aspavientos, todo simple y elemental. En «La Nacencia», de Chamizo, la oración surge espléndida, como un surtidor, cantando su propia liberación de las breñas matorrales de un corazón donde ahora brota limpia. Es una oración incorrecta, pero no irreverente, de grandiosa y conmovida sencillez de campesino:

Señó: Tú que lo sabes
lo mucho que la quiero.
Tú que sabes que estamos bien casaos...
Señó: Tú que eres bueno

Y después de mezclar en un solo sentimiento las espigas que granan en la tierra con las ovejas que paren «sin meico», encuentra esta simplicísima razón, para que su Juana no se muera:

¿Por qué, Señor, se va a morí mi Juana,
con lo que yo la quiero
siendo yo tan honrao
y siendo Tú tan güeno?

Es la lógica de la fe rural bien tallecida de flores y de frutos: Si Dios es tan bueno y él, el campesino, es tan honrado, ¿por qué se va a morir su Juana?

e) *Saber y sabiduría del extremeño.*—También ha de dispensarse la falta de justificación y prueba si digo que *el saber* es una suma de noticias para cuya recepción todo el mundo es apto, si se le lleva metódicamente por los grados necesarios. En cambio *la sabiduría* es algo infuso como una atmósfera y como una savia que nos penetra y empapa el ser desde sus raíces. Se puede tener mucha sabiduría sin saber muchas cosas ni tener muchas nociones científicas, como se puede ser de muy escasa sabiduría aun teniendo muchos títulos colgados en el despacho o en el gabinete de casa. La sabiduría la da la intuición, la fe, la tradición, las madres, el contacto

con la tierra, la experiencia de vivir. El arte popular, los refraneros, los cancioneros, los romanceros, la fe de los mayores, las verdades de la tradición, pertenecen a la *sabiduría* y no al *saber*. Los saberes son mercancías que se dan y se venden; la sabiduría se contagia y se transmite por el amor, por el ejemplo, por la fe.

Y como el saber es ciencia, es utilidad, es instrumento adecuado para lograr adelantos y mejoras materiales, es claro que el extremeño admira al hombre que sabe mucho y no recata su adhesión al sabio, al científico, al investigador. Y ansía él mismo llegar a saber, a poseer aquellas noticias intelectuales que hacen más fácil la lucha por los puestos sociales. No es infrecuente ver en chozos, majadas o cortijos, en talleres y en besanas y en lo alto de un cabezo, a un peón, a un artesano, a un pastor o un manijero, leer ávidamente un papel o un libro en una dura conquista por saberes que se le resisten, falta de método o de maestro... Pero la existencia en la Historia de un Sánchez de Brozas o un Arias Montano, un Forner o un Gallardo, de un Donoso Cortés o un Moreno Nieto, un Hernández Pacheco o un Roso de Luna, evidencia que, en muchos casos, la inteligencia extremeña triunfa sobre precariedades económicas o dificultades sociales.

Pero, con todo, el extremeño ama más la *sabiduría* que el *saber*. Incluso no puede negarse una oscura aversión a los saberes intelectuales, académicos, universitarios, que ningún poso vivo y fundamental dan a la personalidad profunda. Recordemos las ágras inyectivas que, en el poema «Varón», y, sobre todo, en «Regreso», se dictan contra los alfeñiques de la urbe, de mucho afeite y pulimento, y muchos saberes, y contra los sabios y los doctos:

Estuve en la ciudad y vi a los sabios.
Fuí dispuesto a escucharles...

Es quizás el único poema donde la ironía labra rasguños y alumbraba sangre, cosa insólita en el alma buena y simple de Gabriel y Galán.

Por su parte, Chamizo, opone claramente la sabiduría del hombre de la tierra y de la tradición al saber de las universidades y las ciencias:

Q' estos hombres son los machos d'una raza
de castúos labradores extremeños,
que inorantes de las ciencias de los sabios
las jonduras de otras ciencias descurrieron,
cavilando tras las yuntas
en la pas de los barbechos.

Y surge, al hablar de esa sabiduría, de la identificación de la tierra, con la mujer, como era inevitable:

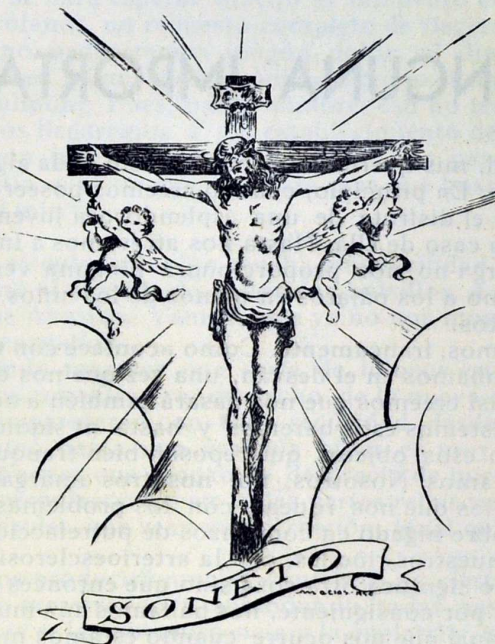
Ellos saben que la tierra labrantía,
sería, llana y arrogante'n los recuestos,
es la jembra que mantiene muchos hijos

con la juerza de la savia de sus senos;
y es la madre, y es la novia, y es la hermana
del gañán que, con calor de macho en celo,
la colmara de cudiaos,
la regara con suores de su cuerpo,
la labrara con cariño,
derramara por sus surcos el grabero
y supiera conformarse cual cristiano
cuando Dios, dende los cielos,
pa probá si eran mu jondas sus querencias,
malograra sus esfuerzos.

Es la sabiduría de la tierra, del trabajo, del amor y de la fe.

f) *La humildad del extremeño.*—Confiesa su ignorancia; confiesa su pobreza y confiesa, con muchísimo pudor, con temor a que parezca otra cosa, su fe y su amor. Esto quiere decir que el extremeño es humilde. Ni sus grandes posesiones de terrenos le hace engrirse y dejar de mirar a la tierra como a una novia, ni el saber y las letras, si los tiene, le hace ensoberbecerse y vestirse de doctihueco y pagado de sí mismo, ni su señorío natural sobre la mujer le hace jactarse como Don Juan. Es *humilde* porque está próximo de la tierra y de ella tiene el amor y la sabiduría; y de «humus», la tierra, deriva «humilis», humilde... Y sin embargo, no todos los pueblos que viven de la tierra son humildes. Hay algunos que la tienen rica y fertilísima y la explotan con máximos rendimientos; en éstas el labriego tiene alma de nuevo rico y es más bien soberbio y agresivo en sus modales. El extremeño no; ama a la tierra por sí misma con castidad e ímpetu de varón, pero se sabe a sí mismo pequeño, limitado y pobre. Y humildemente lo confiesa.

g) *...Y socarrón.*—La mezcla de humildad como hombre, su señorío como varón y su sabiduría profunda de la vida y de los hombres, da el riquísimo tornasol de la socarronería extremeña, en las formas más variadas. Ese labriego que llega al despacho del abogado para que le ilumine porque él, con «sus cortas luces», no sabe más «que malpintá su nombre y unas migajas de cuentas», es frecuente que, después de oír el parecer y el consejo del abogado, acabe por decir, muy turbiamente, que eso ya lo sabía él, pero que quería que se lo confirmara un hombre de «sabé y de entendimiento, de muchas letras»... He conocido a un notario que, ante un pedante cualquiera que le hablaba, con lenguaje docto, de hectáreas de terreno, solía preguntar humilde y maliciosamente qué era una hectárea, con lo que el pedantuelo solía verse en grave aprieto. Y de mi infancia, en Arroyo de la Luz, recuerdo que, con mucha frecuencia, los labradores amigos me presentaban sus cuentas de cereales, arriendos, ganados, para que se las resolviera. Yo, como el estudiante del poema «Varón», sudaba lo mío, enrevesándome en cálculos y cálculos para acabar, poco menos que en un «pi menos erre». Y los labradores amigos se reían, se reían maliciosos y, luego, ante mi fracaso, me decían el resultado, para vergüenza mía.



AL SANTISIMO CRISTO DEL AMPARO

Soberano y Señor, pura armonía
de la forma y la esencia, arquitectura
del sublime dolor y la dulzura
con que muere una flor en lozanía.

Esa flor que Tú hiciste flor de un día,
mariposa fugaz de donosura,
es un canto de amor que hasta la altura
dirige su divina melodía.

Yo quisiera, Señor, en dulces trinos,
cual pájaro cantor lanzar al cielo
el raudal de mi voz potente y claro
y con ansia y con fe, Pastor Divino,
pedirte con fervor y con anhelo
protección a mi Cristo del Amparo.